

---

---

## SOBRE *EL POZO DE LOS CIMIENTOS*, DE ANDRÉI PLATÓNOV

Eugenio López Arriazu  
Universidad de Buenos Aires  
[earriazu@yahoo.com.ar](mailto:earriazu@yahoo.com.ar)



∞

*El pozo de los cimientos*, de Andréi Platónov;  
trad. por Omar Lobos; Buenos Aires:  
Colihue, 2023; 224 pp.; ISBN: 978-950-  
563-110-0. Traducción de Omar Lobos.

---

Reseñar *El pozo de los cimientos* de Andréi Platónov implica una doble tarea: dar cuenta del texto de Platónov y dar cuenta de su traducción por Omar Lobos. Recuerde el lector que, cuando lea *El pozo de los cimientos*, no estará leyendo el original escrito por Platónov (*Kotlován*, tal la transliteración de su título ruso), sino una versión en castellano de aquella obra. En cierta medida, como en toda traducción, el lector leerá al traductor (Omar Lobos en este caso), no al autor. Dadas las características de la prosa de Platónov y de la prosa de Lobos en su traslación de la de Platónov, ambas y su vínculo resultante, original y provocador, ameritan un breve análisis.



La traducción de Omar Lobos es altamente consciente en la elección de sus criterios. Así lo demuestra la completísima introducción al texto, que aborda la vida de Platónov, brinda un análisis contextualizado del relato y de su metáfora edilicia para la construcción del socialismo (tema y argumento de la novela), señala las características de la lengua del autor y advierte, finalmente, al lector sobre “los ‘tropiezos’ en las frases, extrañamientos sintácticos y semánticos que seguramente va a experimentar” (xl).

En su posfacio a la traducción inglesa de 1973 (traducido, comentado e incluido como apéndice por Lobos en esta edición), Iósif Brodsky sostiene que la lengua de Platónov es la lengua de la Utopía, cuya primera víctima

es antes que nada la gramática, pues la lengua, yendo detrás del pensamiento, jadea en modo subjuntivo y comienza a gravitar hacia categorías y construcciones fuera del tiempo, a consecuencia de lo cual incluso en los simples sustantivos el suelo se hunde bajo los pies, y alrededor de ellos surge una aureola de convencionalidad (165).

La lengua de Platónov es, entonces, para Brodsky, la lengua del Estado socialista “que deja al descubierto una filosofía de la vía muerta en la lengua misma” (165). Luego, al cerrar el posfacio, Brodsky sostiene que

por eso Platónov es intraducible y, hasta cierto punto, es una suerte para aquella lengua a la cual no puede ser traducido. Y así y todo debemos saludar cualquier tentativa de recrear esta lengua, que compromete al tiempo, al espacio, a la vida y a la muerte mismas, en absoluto por consideraciones de ‘la cultura’, sino porque, al fin y al cabo, justamente en esa lengua hablamos (168).

Se desprende de las citas que Brodsky considera la prosa de Platónov en un sentido negativo, un ejemplo de la vía muerta a no seguir. Al mismo tiempo, hace de su lengua una continuidad desde los planes quinquenales estalinistas hasta el presente de su posfacio. Sin embargo, Lobos opone a la intraducibilidad, la traducibilidad, y a la lengua muerta de la utopía, el lenguaje de la poesía. Razones, creemos, más que suficientes para brindar al público español una traducción de esta obra.

Lobos describe en su introducción la lengua de Platónov, entre cuyas características menciona el léxico desplazado, las perífrasis, “el descalabro gramatical, las series léxicas inhabituales, las hipérbolas, que llaman la atención sobre la propia lengua, más que sobre aquello a lo que refieren” (xli). Esta lengua, que Lobos identifica con la poesía, es al mismo tiempo, creemos, una búsqueda existencial, como algunos de los ejemplos del mismo Lobos muestran. Una razón más para traducir a Platónov, más allá de la política coyuntural de la historia.

Repongamos, a modo de ejemplo, una cita de *El pozo de los cimientos* trabajada por Lobos en su introducción:

Vóshev de nuevo se puso a cavar la arcilla idéntica y veía que arcilla y tierra general aún quedaba mucha: largo tiempo aún había que tener vida para doblegar con el olvido y el esfuerzo este mundo yacente que en su oscuridad esconde la verdad de toda la existencia (22).

Algo parecido observa Thomas Seifrid sobre el “uso incorrecto de la gramática o del léxico que resulta apto porque introduce o refuerza un tema existencial” (2009: 164),<sup>1</sup> como en “su corazón latía como de costumbre”, donde “como de costumbre” (*privichno*) extraña la lengua en un sentido vital: ¿cómo late un corazón “habitualmente”?

Veamos tal lengua, según la traducción, en la apertura de la novela:

El día del treinta aniversario de su vida personal dieron a Vóshev la cuenta en la empresita mecánica donde ganaba los medios para su subsistencia. En la papeleta de despido le escribieron que es separado de la producción por causa del aumento en él del debilitamiento y el quedarse pensativo en medio del general ritmo del trabajo (3).

¿No es la vida de uno siempre un asunto personal? La “cuenta”, que queda indeterminada en la oración, debemos suponer que es la de cuánto se le adeudaba. ¿Será “una empresita mecánica” algo así como un taller mecánico? Además, el narrador relata las causas del despido con perífrasis que extrañan los conceptos y enlentecen la lectura. ¿No sería más comunicativo decir simplemente que “lo despidieron porque estaba más débil y se quedaba pensativo en medio del trabajo”? Lobos no incurre en esa tentación, prefiere la literalidad. Y como para no correr riesgos, extiende la literalidad de la lengua de Platónov a la gramática rusa –si bien, como sostenía J. L. Borges en “Las versiones homéricas” (1992: 268), es casi imposible a veces distinguir entre lo que corresponde al autor y lo que es de la lengua–.

Tras citar a Itamar Even-Zohar en su análisis de las funciones potencialmente renovadoras del lenguaje de destino que tienen las traducciones, de este modo defiende Lobos su posición: “Así es como en nuestra traducción tratamos siempre de privilegiar las formas gramaticales del ruso (sin que esta opción viole en lo esencial nuestra gramática); creemos, además, que esto contribuye a la desautomatización de la mirada” (xliv). Da como ejemplo la transgresión de la *consecutio temporum* normativa del español que, en el primer párrafo arriba citado, se agrega a todos los otros extrañamientos (“le escribieron que es separado” por “le escribieron que era separado /se lo separaba”).

La traducción de Lobos aspira a modificar el presente de nuestra lengua. Es en esto consecuente con la tarea de la traducción en general, que siempre tiene por horizonte la lengua del momento de llegada, más que la lengua histórica del momento de la producción del texto. Se da así un movimiento de relevo por el cual, si la novela está, según M. Bajtín, siempre en contacto con el presente, al pasar el tiempo, la traducción la ayuda a seguir cumpliendo su cometido. El propósito de intervención en nuestro tiempo nos deja preguntas que no podemos responder aquí, pero que vale la pena enunciar: ¿cuál es el estado presente de nuestra lengua? ¿Qué le aportan las extrañaciones platono-lobianas?

Toda traducción está compuesta de énfasis y omisiones, decía Borges también en “Las versiones homéricas” (1992: 267). Lobos elige el camino del énfasis, no deja que el extrañamiento se nos pase por alto, interviene en el español y logra así una obra, diría yo, que ya deja atrás el original para sostenerse por sí misma.

<sup>1</sup> La traducción pertenece al autor.

## Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis. 1992. “Las versiones homéricas”. En *Obras completas I*. Buenos Aires: Círculo de lectores.
- SEIFRID, Thomas. 2009. *A Companion to Andrei Platonov's The Foundation Pit*. Boston: University of Southern California.